

Remar contra corriente: sobre *Sentirse para atrás* de Heather Love

Libro reseñado: Heather Love, *Sentirse para atrás. Pérdida y políticas queer de la historia*, traducción y prólogo de Nicolás Cuello, Buenos Aires, Omnívora, 2025, 280 pp.

Renata Prati (UBA/CONICET)

rprati@filo.uba.ar

ORCID ID: 0000-0002-2725-3206

Sentirse para atrás, en la expresión tan local como directa que felizmente encabeza esta traducción, no es agradable. Sentirse para atrás es sentirse mal, pero no solo eso: es también sentirse atascado en ese malestar, sentir que el malestar te retiene, te demora. Tendrías que seguir avanzando, todo el mundo sigue avanzando, pero en cambio vas para atrás, retrocediendo casilleros, sin que parezca posible hacer nada para evitarlo. Sentirse para atrás da miedo, por eso mismo, y no sorprende que así sea. Pero también da miedo por otros motivos, por motivos agregados, contingentes, tal vez innecesarios. Hay, en este sentido, una larga tradición dedicada a avivar ese miedo con figuras disuadoras, paráboles de advertencia: mirar para atrás es el peligro de convertirte, como la mujer de Lot, en una estatua de sal. (Aunque si hay que prevenirlo, podríamos notar, será porque también es tentador mirar para atrás, también hay placer en dejar que la corriente te lleve mar adentro). Suspendiendo esa condena, pero sin olvidar las aristas difíciles del sentimiento, este libro de Heather Love se anima a mirar de frente esa insistencia terca en mirar para atrás.

Publicado originalmente en 2007, este es el primero de los libros de esta investigadora estadounidense que se cruza a nuestro idioma, gracias al importante esfuerzo conjunto de su traductor, Nicolás Cuello, curador e historiador de arte, y de Omnívora, una joven editorial porteña dedicada a la historia pero, como anuncian en la solapa, “con avidez cazadora por los textos literarios”. El cruce entre historia y literatura, entre la investigación y la sensibilidad, es de hecho medular en este libro, que reúne lecturas literarias para pensar el vínculo cargado de la teoría gay, lesbica y queer con su historia, en buena medida una historia de dolor. *Sentirse para atrás* convoca, para esto, dos tipos de imágenes literarias. Por un lado están las figuras y alegorías bíblicas, mitológicas, místicas, como la de la mujer de Lot, la historia de Orfeo y Eurídice o la de Odiseo y las sirenas, y el ángel de la historia de Benjamin, y por el otro está su corpus propiamente dicho: una serie de textos de autores ingleses (tres británicos y una estadounidense), escritos a fines del siglo XIX y principios del XX, que Love lee como un archivo de sentimientos en torno a la homosexualidad moderna. Mientras que los primeros tropos son trasversales y recurrentes en el libro, dándole un brillo especial cada vez que reaparecen, los autores de este archivo reciben cada uno un capítulo propio, con un tratamiento sistemático y más enfocado. En la lectura de Walter Pater, así, Love explora la estética del fracaso; con Willa Cather, las disonancias de la amistad; en su lectura de *El pozo de la soledad*, de Marguerite Radclyffe Hall, la “identidad estropeada”; y la fantasía revolucionaria con una novela de Sylvia Townsend Warner nunca traducida al español.



No son autores demasiado populares en las librerías locales de hoy; pero, en particular, los dos últimos capítulos suplen esa distancia reponiendo con atención la trama y esencias concretas de las novelas.

Sentirse para atrás tiene, como anuncia la introducción y corrobora el epílogo, dos objetivos entrelazados, que quizás podrían pensarse como un objetivo inmediato y uno más meta: por un lado, rastrear una tradición particular de sentimientos negativos en un conjunto de textos del pasado y, por el otro, explorar esa estructura de sentimientos en la relación misma de la crítica queer contemporánea con esos textos y con el pasado en general. Así, lo que Love llama *feeling backward*, “sentirse para atrás”, es a la vez una estructura de sentimiento histórica y una suerte de modelo sensible para la propia empresa historiográfica. La discusión historiográfica también recibe un capítulo propio, de hecho, bellamente titulado “Rescate emocional”. En ese primer capítulo, antes de pasar al archivo literario, Love se pregunta por las motivaciones de la historia queer, en una reflexión que vuelve sobre sí misma. ¿Por qué, para qué nos acercamos a los testimonios, a los dolores del pasado? ¿Es para vernos reflejadas o para honrarlos en su distancia? ¿O tal vez para reconfortarnos, como una palmadita en el hombro, viendo lo mucho que avanzamos? ¿A quién queremos rescatar, a ellos o a nosotros? ¿Reavivamos viejas heridas para regodearnos en el dolor como un placer culposo? ¿O acaso las heridas estuvieron en verdad siempre abiertas, y se trata más bien de airearlas, por fin, para empezar a curarlas? Pero no en balde este capítulo, abocado al objetivo meta, viene antes que los capítulos dedicados a las lecturas, el objetivo inmediato, ostensible del libro: son esos textos los que dan la pista. Esos textos, según Love, “dicen mucho de nosotros: describen lo que es cargar con una identidad ‘descalificada’, lo cual por momentos puede significar simplemente vivir con la herida, no repararla” (p. 22). Cargar con una historia de dolor es, en principio, no esquivarla: ni reducir su singularidad y densidad como pasado, que siempre desborda los usos que hacemos de él, ni negarnos a ver su pervivencia en el presente.

En su apuesta bifronte y con todos los matices de su arco argumental, creo que el motor más íntimo de este libro es la voluntad de hacer espacio para un trato del dolor más justo, más cuidadoso, más respetuoso: un trato que ni trate –iluso– de neutralizarlo con cordones sanitarios ni lo reconvierta en útil, que ni lo reduzca a un pecado ni lo idealice como algo en verdad netamente poderoso y emancipador, lo que al final sería otra forma de reducirlo. Un trato más justo del dolor implicaría, en suma, darle lugar a su ambivalencia fundamental. La importancia de esta apuesta queda clara quizás sobre todo en el epílogo. Ahí, a través de un repaso lúcido de la discusión sobre la melancolía de izquierda, Love aborda la cuestión siempre latente detrás de toda pregunta por el valor del dolor: “el gran problema que hay que tener en cuenta”, señala, “es el de la agencia” (p. 245). Sentirse para atrás es doloroso, es desalentador, es paralizante. Pero descartar sin más al dolor es peligroso y necio, porque el dolor tiene, según Love, al menos un valor diagnóstico: es índice del estado lamentable del mundo y es un indicador (o un recordatorio, según el contexto) de “que no sabemos qué es bueno para la política” (p. 59).

En última instancia, la tensión entre el dolor y la agencia señala una “paradoja central” de toda apuesta crítica, que es siempre, al mismo tiempo, una historia de dolor y un

sueño de futuro. Aunque *Sentirse para atrás* no arriesga explícitamente otros usos posibles por fuera de ese valor diagnóstico del dolor, sí creo, o quiero creer, que aquí y allá se insinúa algo más, algo particularmente valioso para el contexto desfasado y desplazado en que recibimos hoy esta traducción, en una Argentina tan dolorosamente para atrás. En tiempos en los que “la esperanza en su forma idealista y utópica –el optimismo– parece haber perdido su influencia”, escribe Love en el último capítulo, tal vez sea precisamente el dolor el que nos enseñe a abrigar “una expectativa no utópica” (p. 237). Para hacerle justicia a las dos caras tensionadas de todo proyecto de transformación, tal vez la clave esté en mirar para atrás y para adelante al mismo tiempo, remando contra corriente, pero siempre con un ojo en el espejito retrovisor. Y tal vez, por más constraintitivo que parezca, darle lugar al dolor sea crucial para que sentirnos para atrás no nos clausure el futuro.